

## UN HÉROE

Un soldado francés desea hablarme.

Empuja la criada la puerta del estudio y entra un soldadito de infantería con aspecto de miseria y cansancio. El pantalón rojo ha tomado un color oscuro de ladrillo: en cambio el capote azul es casi blanco, por haber devorado su tinte las lluvias y el sol. El quepis, bajo su funda oscura, se revela blando y arrugado, lo mismo que un fuelle. Es un uniforme de guerra, de trinchera, que denuncia largas semanas sin despegarse del cuerpo, sirviendo a la vez de cama y de envoltura.

Su portador ofrece mejor aspecto. Va limpio, bien lavado y afeitado, con un ligero perfume en la cabeza, recién salida de manos del peluquero. En una muñeca, un reloj pulsera de oro. En la otra mano sortijas y un buen cigarro de marca cubana.

Creo reconocer este rostro pálido y sonriente: dudo, reconcentro la memoria, pero el soldadito me evita el trabajo mental hablándome en valenciano. *Don Visent...*, *don Visent*. ¿Es que no lo reconozco?

Me acuerdo de pronto de un muchacho de mi tierra, que vive en París, un correligionario de veintitantos años que hace memoria más que yo de los mítines ruidosos de propaganda y los artículos de polémica. Es Llopis, convertido en soldado francés; Llopis, perteneciente a una familia acomodada y que se dedica en Francia a la importación de frutas.

Este muchacho, que tiene dinero y vive con desahogo, me cuenta su vida heroica, aventurera y penosa, durante los últimos cuatro meses. Sale del hospital: su carrera militar ha terminado; ya no sirve para la guerra; no lo quieren.

—¡Te has batido por Francia! —exclamo admirándole.

—Sí; me he batido por la República —contesta con sencillez.

Esta respuesta me descubre su pensamiento. Muchacho desinteresado y romántico. No se ha batido por Francia que es una nación, algo concreto que a él no le interesa directamente, pues pertenece a otro pueblo. Se ha batido por lo abstracto, por un ideal, lo mismo que los antiguos caballeros andantes, por la República, como dice con ingenua concisión.

Veo en él, mi propia juventud y la de muchos que luego han ido a parar a las playas más remotas y opuestas. Admiro la edad de los entusiasmos generosos. Este también se ha dormido por la noche con *Los Girondinos*, de Lamartine, entre las manos, y se ha desayunado al día siguiente con un capítulo lírico de Michelet, cantando las sublimidades de la Revolución. Además es un levantino de los que infunden a sus entusiasmos políticos un fervor de religiosidad artística, de los que ciñen el gorro rojo de la matrona ideal, con una corona de rosas. ¡Y pensar que en la fe inmovible de este joven, que lo ha arrastrado a las aventuras heroicas, tal vez tengo mucha parte por mis palabras de ayer!...

En las noches anteriores a la guerra corrió el bulevar, detrás de una bandera española, con un grupo de compatriotas, dando vivas a la República. Coreó en los cafés *La Marsellesa* y *El canto de partida*. Luego fue a la estación del Este para aclamar la salida de las primeras tropas. El entusiasmo del pueblo, los alistamientos, las mujeres enviando besos a los soldados y adornando con flores la artillería y los fusiles, caldearon su entusiasmo, poniendo en pie las antiguas lecturas. Era la Revolución, con sus escenas de lírica grandeza que volvían a encarnarse en la realidad. El *Noventa y tres*, de Victor Hugo, se salía de las páginas de la novela

para esparcirse por los bulevares. Los viejos, heroicos y desgraciados, de 1870, se exhibían entre la muchedumbre, luciendo en la solapa lo cinta verde y negra. La Francia revolucionaria, elocuente y romántica, había resucitado. Solo faltaba un Danton o un Gambetta que hablasen. La noche anterior había sido asesinado Jaurés en el café del Croissant.

El muchacho creyó que debía hacer algo más que cantar himnos y dar vivas. Se acordó de los voluntarios de 1792. Quería tomar un fusil, pero inmediatamente. No tuvo paciencia para esperar durante un mes a que el gobierno admitiese extranjeros en su ejército. Además, a su individualismo español, rebelde a toda agrupación, le repugnaba juntarse con los compatriotas. Deseaba presentarse solo, ingresando en uno de los regimientos que salían para la frontera. Se imaginaba que la guerra iba a ser corto y temía llegar tarde.

Contando con relaciones y dinero se dirigió a una plaza fronteriza y después de muchas gestiones fue admitido en un batallón. En aquellos momentos aún creían todos que esta guerra por la libertad de las provincias cautivas iba a desarrollarse en Alsacia y Lorena.

El joven español fue el soldado de bolsa generosa que protege a los camaradas y los obsequia. Ofrecía su tabaco a los oficiales en las escaseces de la campaña, compraba víveres a cualquier precio, en los pueblos casi abandonados.

Su batallón penetró de los primeros en Alsacia. Los soldados se abrazaban a los postes fronterizos, arrancándolos con un tirón rabioso, sobrehumano. Cuarenta años de cólera nacional agigantaban sus fuerzas. ¡Al fin!... Y los postes pintados a fajas rojas y negras, con el águila bicéfala en el medallón de su remate, eran descuajados del suelo alsaciano. Batiéndose incesantemente, unas veces tendido al amparo de los repliegues del terreno, otras cargando a la bayoneta a pecho descubierto, el español entró en Alkirch, entró en Mulhouse.

La población los recibía del modo más diverso. Los alemanes establecidos en la tierra hacían fuego sobre sus espaldas desde las ventanas, o iban rematando a los extraviados y zagueros. Los hijos de Alsacia salían a su encuentro, con víveres y bebidas. Miraban los niños con veneración y asombro los pantalones rojos, símbolo de la Patria perdida; lloraban las viejas al contemplarlos y tocaban su tela burda como una reliquia de los tiempos felices. Se incorporaban los ancianos en sus sillones de enfermo: «Al fin volvéis. ¡Cuánto habéis tardado!... Pero ya estáis aquí...». Los campanarios con sus techos de pizarra, sus gallos de hierro en el remate y sus ventanales, que sirven de refugio a los nidos de cigüeñas, soltaban al verles llegar el sonoro revuelo de sus pájaros de bronce. De pronto se abría el camino lo mismo que un cráter, enterrando entre fuego y metralla un centenar de hombres. Eran las minas del enemigo.

Los contraataques de fuerzas superiores, les hicieron retroceder. «¡Os vais! ¡Os vais!» – clamaban las alsacianas viendo alejarse los soldaditos de piernas rojas...– Se fueron prometiendo volver, y volvieron al poco tiempo por distinta ruta, escalando las pendientes de los Vosgos detrás de los cazadores alpinos, soldados-cabras, de boina azul y piernas gimnásticas que aman el precipicio y vuelan de roca en roca.

Tres meses de combates. El español hizo proezas. Recogió compañeros caídos, desafiando el fuego de los contrarios; fue herido a su vez y se curó rápidamente, volviendo a los pocos días en busca de su batallón; los oficiales le prometieron que sería citado en la orden del día. ¡Quién sabe a dónde hubiera llegado en su entusiasmo juvenil! ¡Quién sabe si se repetiría en su persona la historia asombrosa de aquellos soldados de la primera República que conocieron la gloria a los veinte años! Hasta que un día...

El muchacho se interrumpe, calla con aire de tristeza y al fin dice resignadamente:

—Ahora no sirvo para nada. He recibido un golpe en el pecho y me ahogo al marchar. Mis jefes me envían a París. Van a «reformarme».

Su defecto es grave. Al soldado no le basta el corazón; necesita unas piernas férreas, un estómago firme, unos pulmones de fuelle. Batirse lo pueden hacer todos, por entusiasmo, por deber, por instinto de conservación. Marchar, correr, sufrir escaseces, solo lo resisten los jóvenes.

El soldadito heroico, vacila antes de revelar cómo terminó su carrera de peligros y aventuras. Le parece vergonzoso este final. Al fin su palidez se colorea con un ligero rubor y confiesa su desgracia.

Fue una coz, una coz de caballo recibida en mitad del pecho, cuando avanzaba en un grupo de compañeros, con la bayoneta por delante. No sabe siquiera lo procedencia del maligno bruto, ¿Era de un hulano? ¿Era de un francés?... En los tremendos choques de la guerra, en los mortales encontronazos de hombres y bestias, los caballos pacíficos, asustados por el estruendo, picados por el acero, heridos y, con la piel sajada por extensos desgarrones, se enloquecen, muerden y cocean.

—Es triste —dice el muchacho melancólicamente.

Sí; es triste. Haber desafiado la fusilería, los grandes proyectiles que vienen de la línea del horizonte, los aeroplanos, las minas, la metralla que cae del cielo y la que surge del suelo, para terminar la carrera de héroe bajo una coz traidora...

Así es la guerra; así también la vida. Cuando creemos marchar camino de la gloria, la realidad nos detiene poniéndonos sus herraduras en mitad del pecho.